

El Hombre del Caballo de Plata

Al principio fueron las voces. Eran extrañas. Pronunciaban mi nombre y se iban, como ecos que se pierden en un vacío negro y muerto. Algunas a veces me hostigaban. Otras no. Unas decían que me arroje, que me tire contra los autos. Otras, que me salve, que me cuide. Estas últimas también me dolían. Tenían otra manera distinta de torturarme. Intenté ignorarlas, empecé a salir de noche, quería seguir saliendo. Quise inventarme, crearme, que si había poca gente todo iba a ir bien. Al principio fue así. De noche había menos autos, y había menos voces, menos murmullos, menos amenazas, menos miedo. Hubo un breve tiempo de paz. Creí haberme librado de ellas, como si hubiesen sido un castigo momentáneo y circunstancial que debía pagar por ser distinta. Porque yo siempre fui distinta.

La noche de la plaza fue el fin de esa anormal sensación de serenidad. Luego de correr me senté en uno de esos bancos que tienen todos los parques. Todavía recuerdo el frío que traspasó mi ropa al sentarme, cuando mis muslos se dejaron caer y tocaron la pintura brillante que cubría de manera uniforme el cemento de mi eventual asiento. Un intenso aroma a pasto mojado flotaba en el ambiente. En el cielo titilaba la primera estrella. Suspiré mientras se me cerraban los ojos de cansancio. Veo mi infancia. Es otoño. Estoy jugando con una amiga del colegio. Nuestros pies pisan las pocas hojas crocantes que caen de los árboles. Puedo oler el inocente sudor de los juegos infantiles mezclándose con la humedad de la tierra. Nos sujetamos las manos y giramos en círculos hasta que sólo podemos vernos las caras por sobre el paisaje que se convierte en una mancha multicolor a causa de la velocidad. Entonces el mareo nos vence y caemos al suelo.

Me animé a sonreír como había sonreído aquella vez, una de las últimas.

Mi padre nos espía a escondidas desde la ventana de su habitación. Encuentro sus ojos. Cierra la cortina con una expresión de nerviosismo y agitación. Nunca lo había visto mirándome así. Cuando mi amiga se va, ocurre. Espera que me meta en la ducha. Abre la puerta, lo veo entrar. Descubro que en la cabeza de mi padre hay algo más que afecto... ese algo llamado deseo que me invade quebrando de una vez y para siempre la línea que separa mis once años de la adultez.

Papá siempre decía que había que respetarlo, porque al padre se lo ama y el padre quiere lo mejor para su hija. Ese día dejé de ser. O mejor dicho: fui otra cosa... algo despreciable, inmundo.

Una corriente eléctrica recorrió todo mi cuerpo haciéndome volver a la realidad. Me puse de pie bruscamente tratando de olvidar esos brazos de fuerza casi férrea sometiéndome. Tomé aire. Tenía su voz en mis tímpanos y su aliento jugueteaba en mi nuca al igual que su lengua con mi cuello. Miré un punto fijo. Detrás de mí, algo se movía entre las ramas de los arbustos. Comencé a correr. Alguien me seguía, alguien que me había estado vigilando, que me había visto sonreír y yo no... yo no era para sonreír. Los ruidos me acompañaban. Crucé la calle. Oí mis zapatillas golpeando el empedrado. Oí las suyas. Comenzaron a sentirse más cerca, cada vez más cerca, cada vez más sobre mi espalda, encima, sacándome el aire. Era como en esos sueños en que uno intenta huir desde la impotencia de los pies que no responden, horrorizado ante la proximidad horrible de quien persigue. Paré. Paró. Me di vuelta, no vi a nadie. Se había ocultado. Estaba como congelada. Traté de seguir mi recorrido. Al instante escuché: *volvete. No quiero*, respondí. *Volvete. No quiero*, repetí. *Volvete. Basta. Voltete. No, no vuelvas. Si, voltete. Cállense. Voltete. No, no vuelvas. Voltete. No vuelvas. Tus hijos, pensá en tus hijos. Cállense, cállense, cállense. Volté. Sí, vuelvo. No, no vuelvas. Sí,*

vuelvo. No, tirate. No. Sí, tirate. No, no quiero, voy a volver, sí. No, tirate. Dije que no. Volvete. Tirate. Volvete. Basta. Tirate. No. Tirate. No, basta. Sí, tirate. No, salvate. Grité. Grité fuerte y después no hubo sino silencio. Corrí como nunca hasta mi casa decidida a no volver a salir. Los pasos, los otros, me siguieron hasta la entrada. Mis hijos se despertaron sobresaltados. Los abracé y me deshice en sus brazos.

Siempre quise saber de dónde venían. Ellas, en mi cabeza, las que me fueron dejando sin espacio. Me dicen que son mías. Yo digo que sí pero porque las oigo, no porque las invento. ¿Para qué las voy a inventar? ¿Quién podría inventarlas? Busqué al culpable, al responsable de mi presente, al que las puso ahí adentro y no deja que me las saque, que me las arranque de una vez. Quería verlo, necesitaba verlo aunque me quiebre de miedo. Debía ponerle imagen a eso indefinible que me volvía loca, obsesionándome, atrayéndome. Lo encontré sin quererlo. En realidad él me encontró a mí. Del destino no se escapa. Lo sé yo, que tengo bronquios, pulmones, nariz y me estoy hundiendo en la inflexible asfixia de la angustia.

El agua chocaba contra la tersa muralla de mi piel. La noche de los pasos no estaba lejos pero se me hacía perdida y olvidada, ajena al tiempo. Cerré la canilla. La última gota cayó desde la ducha y se perdió con las demás. Inmóvil, esperé que el agua bajara rodando por la superficie de mi cuerpo. Respiré hondo. Sin quererlo le abrí las puertas a ese estado entre la vigilia y el sueño que entra por los ojos, se instala y se expande progresivamente al resto del cuerpo. Me dio la impresión de estar suspendida en el húmedo vapor que subía y bajaba con las finísimas corrientes de aire y así, volando, como si mi mano no la tocara ni formara parte de mi brazo, llevé la toalla hacia mí. Puse un pie fuera de la bañera. El contacto con el azulejo me hizo sentir un único escalofrío estremecedor y profundo. Me dirigí al espejo. Intenté secarlo con la palma de mi mano. Luego hice varios giros con la parte inferior del puño hasta que mi

rostro fue formándose en el resbaladizo plano vertical. Mi cabeza no era sino una gran mancha gelatinosa. No poder verme me irritaba. Froté el espejo con nerviosa celeridad. Lentamente, esa viscosidad chata adquirió un contorno más definido en el que asomaban tímidamente los detalles, las curvas y las texturas hasta que el rostro dejó de ser rostro para pasar a ser cara. El preludio del horror. Sonreí, porque me dio alegría verme, reencontrarme. El reflejo no sonrió. Sé que sonreí, sentí la curvatura de mi boca, escuché el hálito nimio que se liberó cuando se separaron mis labios. Pero la imagen no sonrió. Permaneció impávida devolviendo una mueca hostil mientras las cejas se juntaban víctimas de una contorsión inhumana. Estaba cerca. Mi espanto en ese momento no se comparó al que sentí apenas después. Porque esa cosa (que era yo misma) me habló. *No sos* me dijo... me dije. Esa cosa era, tenía presencia y estaba ahí, conmigo. Temblé hipnotizada ante ella y ante mí en la eternidad horrible del momento, atada al suelo repitiéndome que no era yo, buscando la manera de huir una vez más de esa cosa ambigua que ahora tenía mi cara, mi propia cara, y que me estremecía y me eclipsaba impidiéndome escapar, haciéndome sentir viva encerrada en una estatua de pies muertos. Apreté los ojos con fuerza llevando mi nariz hacia la frente y repetí hacia mis adentro: *andate*. Fui liberando una tímida voz quebradiza. Los músculos de mi cara se entumecieron a causa de la tensión. Entonces, de manera progresiva y temerosa, cedí. Los párpados me temblaban. Empecé a abrir los ojos gradualmente. Me reencontré con el contorno de los objetos que tenía enfrente. Escuché una risa burlona. Volví a cerrarme. Mi corazón aparentaba querer salir de mi cuerpo. Tomé una decisión que en su momento me pareció valiente. Ahora sé que confundí valentía con desesperación. Me liberé de la oscuridad con un solo movimiento. No se había ido. Su cara surgió de nuevo frente a mí. Con renovado pavor me encontré escrutando su semblante siniestro y tremebundo que ahora me lanzaba un repulsivo gesto de ironía, sarcasmo y desprecio.

Sus ojos fieros me demostraban su superioridad. Me lanzó una sonrisa sombría. No pude más. Salí de allí llorando de impotencia, con la convicción de que me seguía con la mirada y en cualquier momento se saldría del espejo y vendría por mí. Uno de mis hijos me miraba atemorizado desde el comedor. No me importó. De repente estaba en la calle, descalza, desnuda, cubierta sólo por un toallón. Y allí fue donde lo vi por primera vez. La causa de todos mis males. Dobló la esquina y se detuvo. Entre las sombras, surgió un hombre colosal vestido con una armadura negra como la noche y brillante como el rayo que montaba un caballo gigantesco y plateado. No sé cómo, pero supe que era él quien ponía las voces dentro mío, el que me había perseguido aquella noche y tantas otras noches que vendrían después. El animal relinchó al verme. El jinete agitó las riendas hostigando a su bestia que parecía responder con placer las órdenes de su amo infernal. Sus crines se agitaron con violencia. Sus ollares impregnados de una sustancia viscosa se expandían con cada bocanada de aire. Retrocedí algunos pasos que no eran nada comparados a sus trancos interminables. Los cascos quebraban las baldosas débiles. La tierra tembló bajo mis pies. Se me venía encima, iba a chocar su cuerpo con el mío y luego me aplastaría con la presión ejercida por sus musculosos antebrazos y sus rodillas de piedra. El pecho de la bestia estaba cubierto de sudor. Entonces, cuando supe que el fin había llegado y que iba a arrollarme con toda su furia, el hombre del caballo de plata tiró de las riendas con exceso y ferocidad. La criatura se paró sobre sus patas traseras y con las de adelante chocó mis hombros empujándome hacia atrás con una fuerza colérica. Sentí un dolor infinito. Aturdida y confusa, percibí en el aire un olor que conocía demasiado bien. El jinete bajó de su montura y caminó unos pasos hacia mí. Desde el piso su figura se me hizo inmensa, las hombreras de la armadura metálica le daban un aspecto brutal. Me miraba desde lo alto disfrutando mi humillación, su conquista. La cara oculta tras el yelmo negro. Tardó años en moverse.

Cerré los ojos como antes y repetí que se fuera. Un bufido escapó de su garganta. Se agachó y aprisionó mis brazos con sus manos. El aroma que se colaba en mi nariz iba en aumento. Conocí su voz, un eco grave y desalmado que me lastimó más, mucho más que la caída. Acercó su cara de tinieblas a la mía y me susurró: *sos una sucia*. Entonces el olor a padre que había sentido de chica aquella tarde se me hizo insoportable, llenó todo mi ser, claudicó mi voluntad y me hizo sentir entregada y domada por aquel ser hostil y aberrante del cual no podría despegarme nunca más.

Dicen que los vecinos me encontraron tirada en la calle. Las autoridades no me creyeron lo que les dije. Me impidieron ver a mis hijos, serían dados a otra persona. Me tengo que quedar acá porque represento un peligro para mi vida. La doctora me repite lo mismo una y otra vez. Pero yo escucho como hablan de mí a mis espaldas, sé que nunca voy a salir de este encierro blanco. Ellos son una amenaza para mí. Por eso a veces dejan que él venga a verme. Yo no quiero, ¿por qué lo dejan?, ¿por que no hacen caso a lo que les digo? En vano intentan salvarme con sus inyecciones y sus nombres.

A veces, siempre por las noches, mientras llega a mis oídos el llanto desconsolado e irreal de mis compañeras, me veo a mi misma en la más absoluta soledad luchando un combate desigual que espero ciegamente ganar algún día, y es entonces cuando escucho otra voz, distinta pero también mía, que me dice *perdiste, ya te ganó*.

Sinclair